

descubre esa adversión por agiotistas, especuladores y usureros que encarnan en la óptica valleinclaniana, la moral burguesa y decimonónica, y que se traduce en un deseo de justicia social, justiciero y violento, patente en *La Guerra carlista*, cuando el vinculero contradice al Marqués de Bradomín con estas palabras:

Sobrino, yo cuando levante una partida no será por un rey ni por un emperador... Si no tuésemos tan viejo, ya la hubiera levantado, pero sería para justiciar en esta tierra, donde han hecho camada raposos y garduñas. Yo llamo así a toda esa punta de curiales, alguaciles, indianos y compradores de bienes nacionales. ¡Esa ralea de criados que llegan a amos! Yo levantaría una partida para hacer justicia en ellos; y quemarles las casas, y colgarlos a todos en mi robledo de Lantañón<sup>19</sup>.

agoreras de la explosión justiciera de *Romance de lobos* (1908), agudamente leída por el maestro Maravall<sup>20</sup> como símbolo de la violencia mesiánica y de la rebeldía utópica que anida en el corazón del viejo hidalgo. Montenegro arenga a ese mundo popular, marginado por la revolución liberal:

Todo el maíz que haya en la troje se repartirá entre vosotros. Es una restitución que os hago, ya que sois tan miserables que no sabéis recobrar lo que debía ser vuestro. Tenéis marcada el alma con el hierro de los esclavos, y sois mendigos porque debéis serlo. El día en que los pobres se juntasen para quemar las siembras, para envenenar las fuentes, sería el día de la gran justicia... Ese día llegará, y el sol, sol de incendio y de sangre, tendrá la faz de Dios. Las casas en llamas serán hornos mejores para vuestra hambre que hornos de pan. ¡Y las mujeres, y los niños, y los viejos, y los enfermos, gritarán entre el fuego, y vosotros cantaréis y yo también, porque seré yo quien os guíe! Nacisteis pobres, y no podréis rebelaros nunca contra vuestro destino. La redención de los humildes hemos de hacerla los que nacimos con ímpetu de señores cuando se haga la luz en nuestras conciencias<sup>21</sup>,

desde la creencia, trasposición del ideario valleinclaniano, de que usureros como el señor Ginero —personaje de las *Comedias* y de *La Guerra carlista*—, enriquecidos a raíz de la desamortización:

Y continuaba su paseo/ el señor Ginero/ hacia una gran huerta que había comprado cuando la venta de los bienes conventuales<sup>22</sup>,

—y sobre los que Valle carga todas las actas tintas de lo que Maeztu llamaba su ingenio cáustico— son la causa de la desaparición de los viejos linajes y de los mayoraños.

—¡Son los usureros los acabadores de las cosas! ¡Las comen por el pie!<sup>23</sup>,

dice Basilia, la mujer de Pedro de Vermo, en tono de agorería que, vía Bradomín, se convierte en transparente alegato de Valle Inclán frente al liberalismo de la Res-

<sup>19</sup> Valle Inclán, R.: Los cruzados de la causa (*La Guerra Carlista*, I), (ed. M.J. Alonso Seoane). Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), 1979; p. 76.

<sup>20</sup> Maravall, J.A.: «La imagen de la sociedad arcaica en Valle Inclán». *Revista de Occidente*, 44/45 (1966); p. 225-256.

<sup>21</sup> Valle Inclán, R.: *Romance de lobos*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1968; p. 42-3.

<sup>22</sup> Valle Inclán, R.: Los cruzados de la causa, *ob. cit.*; p. 31.

<sup>23</sup> Valle Inclán, R.: Los cruzados de la causa, *ob. cit.*; p. 28.

tauración destructor no sólo de los viejos linajes, y de lo que es más importante los valores inherentes a esos linajes, sino también de la verdadera tradición:

Lo que nunca pudo comprender el liberalismo, destructor de toda la tradición española. Los mayorazgos eran la historia del pasado y debían ser la historia del porvenir<sup>24</sup>.

Es evidente que este breve apunte no puede dejar a un lado el motivo que lo generó: Valle es un hidalgo pobre pero altivo y orgulloso de su linaje, y tal es su confesión en la dedicatoria dirigida a Ortega y Munilla en el encabezamiento de la *Sonata de primavera* (1904):

No hace todavía tres años vivía escribiendo novelas por entregas que firmaba orgullosamente, no sé si por desdén si por despecho. Me complacía dolorosamente la obscuridad de mi nombre y el olvido en que todos me tenían. Hubiera querido que los libros estuviesen escritos en lengua lombarda, como las antiguas ejecutorias y que sólo algunos iniciados pudiesen leerlos. Esta quimera ha sido para mí como un talismán. Ella me ha guardado de las competencias mezquinas y por ella no he sentido las crueldades de una vida que fue toda de luchas. Solo, altivo y pobre, he llegado a la literatura sin enviar mis libros a esos que llaman críticos y sin sentarme una sola vez en el corro donde a diario alientan sus vanidades las hembras y los eunucos del Arte<sup>25</sup>.

A la par, esta hidalguía pobre, que no ha sido obstáculo para mantener una irrenunciable independencia en el terreno artístico, tiene orígenes y consecuencias en la órbita de su personalidad y de su obra tan ligada en la primera época al espacio gallego. Detrás del mundo de las *Comedias Bárbaras* está el problema de los mayorazgos y de los vínculos y, sobre todo, el de los foros con implicaciones socio-económicas y derivaciones jurídicas tan claras como los costosos y larguísimos pleitos antiforales. La literatura recogió esta ambientación y «Rosalía de Castro, Eduardo Pondal, la Pardo Bazán y, tardíamente Ramón del Valle Inclán tenían incluso razones personales para ofrecer imágenes doloridas de esa caída irreversible, de una clase, antaño dominadora, a la que pertenecían»<sup>26</sup>. En particular Valle desmenuzó varios de los aspectos de este complejo problema económico-social en la trilogía sobre el carlismo y en las *Comedias*, mezclando sátira e ingenio cáustico con una inconfundible melancolía, que tan sagazmente supo advertir el joven Maeztu de 1899 cuando trazara su semblanza para el diario barcelonés *Las Noticias* como habremos de ver más adelante. Por el momento señalemos que ante la crisis de esas estructuras económico-sociales, ante la clausura de prerrogativas y antiguos derechos, don Juan Manuel Montenegro exclama:

Como nací señor, me encuentro con más ánimo de bandolero que de mendigo<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Valle Inclán, R.: Los cruzados de la causa, *ob. cit.*; p. 71. Debo referirme a las resonancias unamunianas en la obra de Valle en una primera entrega por Vilanova, A.: «El tradicionalismo anticastizo...», *ob. cit.*; p. 353-394.

<sup>25</sup> Valle Inclán, R.: «Dedicatoria a José Ortega y Munilla». *Sonata de primavera*. Madrid, Imp. de A. Marzo, 1904. Cito el texto por el excelente libro de Lavaud, E.: Valle Inclán du journal au roman (1888-1915). París, ed. Klincksieck, 1979; p. 601.

<sup>26</sup> Durán, J.A.: Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1975-1912). Madrid, Siglo XXI, 1976; p. 33-4. Este problema es un motivo recurrente en los volúmenes de Crónicas que Durán ha ido dando a la luz durante diez años en la ed. Akal.

<sup>27</sup> Valle Inclán, R.: Romance de lobos, *ob. cit.*; p. 43.

convencido, aun en el principio de su grandioso fin, de que

las leyes, desde que se escriben, ya son males. Cada pueblo debía conservar sus usos y regirse por ellos <sup>28</sup>.

Y recordemos que a las espaldas de Montenegro está Valle, quien en la crónica en forma de prólogo a las *Aventuras del bandido gallego Mamed Casanova* (1904) de Augusto Riera escribe, glosando el retrato del célebre bandolero:

Los instintos de ese terrible bandolero son los instintos que en otro tiempo sirvieron para perpetuar dinastías... Tiene el alma de los grandes capitanes, fiera, gallarda y de través, como los gavilanes de la espada. Desgraciadamente, ya quedan pocas almas así. ¿Será verdad que cuando se extinguen por completo las razas agonizan?... Yo confieso que admiro a estos bandoleros que desdeñan la ley, que desdeñan el peligro y que desdeñan la muerte. Tienen para mí una extraña fascinación moral <sup>29</sup>.

Junto al evidente paralelismo de creación literaria y personalidad del autor a propósito de la hidalguía empobrecida —y en la línea de lo apuntado en el verano del 36 por Maeztu— hay que mencionar que la sátira cáustica y la burla rayana en la inverecundia la dirige el genial autor gallego hacia personajes, instituciones y acontecimientos del régimen de la Restauración, y a ello vino a servir el esperpento definido por Maeztu como

una visión de la vida de los grandes tal como pueden percibirla los ayudas de cámara y los pillos de cocina <sup>30</sup>.

Dejando a un lado la posible lucidez de Maeztu al emparentar las excelentes creaciones valleinclanianas con una obra singular de nuestro primer Siglo de Oro, *Crónica burlesca del emperador Carlos V* de Francesillo de Zúñiga <sup>31</sup>, es evidente que la feroz ironía y la cruel caricatura del esperpento, muestra fundamental del ingenio mordaz y agresivo de Valle se revela una y otra vez. Así en *Luces de bohemia* (1920), Max Estrella que acaba de identificar al ministro de la Gobernación como un compañero de la bohemia, recibe una rectificación de Serafín el Bonito a la que cáusticamente añade:

<sup>28</sup> Valle Inclán, R.: Los cruzados de la causa, *ob. cit.*; p. 86.

<sup>29</sup> Es el prólogo al opúsculo de Riera, A.: *Aventuras del bandido gallego Mamed Casanova*. Barcelona, ed. Maucci, 1904. Cito el texto de Valle por Durán, J.A.: *Crónicas*, I: agitadores, poetas, caciques y bandoleros en Galicia. Madrid, Akal, 1974; p. 375. Puede verse para las influencias de la historia del bandido en la obra de Valle el estudio de Fressard, J.: «Valle Inclán et Mamed Casanova». *Les Langues Néo-latines*, 173 (1965); p. 39-54. Ciertamente esta identificación entre la personalidad de Valle y un épica de la Galicia rústica y feudal ha sido señalada por distinguidos conocedores de la historia de Galicia. Así Vicente Risco afirmaba en 1951: «Coido que Valle Inclán foi o que máis fondo furou nos estratos máis acochados da psiquis galaica, e que pra facelo, non tivo que facer estudo especial, senón que lle abondou con afondar na súa.» (Risco, V.: «Valle Inclán e as supersticións de Galicia». Leria. Vigo, *Galaxia*, 1970<sup>2</sup>; p. 177-8). Lo que supone en cierto modo una reescritura del ideario sintetizado por Miguel de Unamuno en ¡Aentro!

<sup>30</sup> Maeztu, R.: «Valle Inclán». Autobiografía, *ob. cit.*; p. 106.

<sup>31</sup> No en vano Diane Pamp de Avalle-Arce, editora de Zúñiga, F.: *Crónica burlesca del emperador Carlos V*. (Barcelona, Crítica, 1981) anota en la página 54 de su introducción: «incluso asoma (en la obra del siglo XVI) la irracionalidad surrealista explotada, ya que no inventada por Valle Inclán en los esperpentos».

SERAFIN EL BONITO.— El señor Ministro no es un golfo.  
MAX.— Usted desconoce la Historia Moderna <sup>32</sup>.

O en *Los cuernos de don Friolera* (1921) Valle hace reír a su teórico, don Estrafalarío, a propósito de nuestro teatro:

Tiene toda la antipatía de los códigos, desde la Constitución a la Gramática <sup>33</sup>.

O ya en el cuadro ejemplar de *El Ruedo Ibérico*, en el que Cánovas aparece retratado de este jaez:

El señor Cánovas del Castillo repasaba las estanterías, asegurándose los quevedos, con nerviosa suficiencia, la expresión perruna y dogmática. Era de una fealdad menestral, con canas y patas de gallo <sup>34</sup>.

El ingenio deformador, el acento descarnado y la imagen grotesca no son abominables moralmente, como creía el Maeztu de 1936, sino expresiones de los puñetazos artísticos y vitales —en esta caracterización sí es certero el gran periodista vasco— que Valle asesta al armazón de la sociedad de la Restauración desde la íntima convicción de que el sarcasmo, lo absurdo, lo grotesco, la pirueta cómica o el desenfadado guiñol deben servir en su estética idealista para un arte cuya esencia definiera con suprema agudeza, vía Maese Lotario, en la *Farsa de la enamorada del rey*, dentro de su *Tablado de marionetas para educación de príncipes* (1926).

## II

Escribe Maeztu en su semblanza de 1936 a propósito de la obra de Valle:

La obra de Valle que yo conozco mejor es la de la primera y la de la última época. La primera, hasta 1905, es la que puede llamarse «preciosista» y está contenida en *Femeninas*, *Epitalamio* y las *Sonatas*. La última es la que el autor llamó *Esperpentos*. Es la peor moralmente; la mejor, en cambio, desde un punto de vista vital <sup>35</sup>.

Aun discrepando del juicio del autor de *Hacia otra España* que considera la primera época de Valle como un ensamblaje de ejercicios de estilo, lo que equivale a leer el mundo de las *Sonatas* como un retablo esteticista <sup>36</sup>, alejándose el propio Maeztu de sus certeros juicios del año 99, es interesante ver cómo la literatura del

<sup>32</sup> Valle Inclán, R.: *Luces de bohemia*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1968; escena V, p. 50-1.

<sup>33</sup> Valle Inclán, R.: *Los cuernos de don Friolera* (Martes de carnaval). Madrid, Espasa-Calpe (Austral); p. 75.

<sup>34</sup> Valle Inclán, R.: *Baza de espadas* (Ruedo Ibérico). Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1971; p. 19.

<sup>35</sup> Maeztu, R.: «Valle Inclán». Autobiografía, *ob. cit.*; p. 105-6.

<sup>36</sup> El profesor Antonio Vilanova ha escrito («El tradicionalismo anticastizo...» *ob. cit.*; p. 387): «Me cuesta mucho creer que un espíritu de tan agudo estro satírico, de tan acre mordacidad y maliciosa ironía como Don Ramón del Valle Inclán, haya atribuido seriamente al Marqués de Bradomín, con una intención exclusivamente esteticista, poetizante e idealizadora, la inmensa dosis de vanidosa jactancia y presunción erótica, petulante cinismo y gratuita perversidad, sin inyectarle una secreta intención paródica. Me cuesta mucho imaginar que el feroz debelador de nuestra «hueca y pomposa prosa castiza», reflejo, según él, «de un gesto desaparecido con las conquistas y las guerras», a cuya imitación atribuye, «cuatro siglos de literatura jactanciosa y vana», haya atribuido involuntariamente a las memorias de su héroe el mismo tono de vanidad y jactancia que tan severamente había censurado.»